

(d)

TRANSGREDIR AQUELLAS REGLAS DE SILENCIO IMPUESTAS A LAS MUJERES: ISOTTA NOGAROLA E ISABELLA DI MORRA

M^a JOSÉ BERTOMEU MASIÁ
Universidad de Valencia

Se conocen muchas mujeres cultas en la Italia de los siglos XV y XVI. Nobles, cortesanas, poetisas que escribieron sus versos de estilo petrarquista dedicados a un amor imposible: desde Veronica Gambara a Vittoria Colonna. Sin embargo, otras mujeres que intentaron romper ese esquema y escribir algo que no fueran versos, como Isotta Nogarola, tuvieron que sufrir el desprecio y la soledad, y tuvieron que sumirse en el silencio, a pesar de su lucha. Otras incluso murieron por su “rebeldía” como Isabella di Morra, a manos de sus propios hermanos que, ante la sola sospecha de una relación epistolar con un noble poeta español, Diego Sandoval de Castro, asesinaron a ambos. En este artículo presentaremos la historia de ambas mujeres, separadas por casi un siglo, sometidas al olvido y el silencio por mantener una voluntad firme, por querer “transgredir aquellas reglas de silencio impuestas a las mujeres”.

PALABRAS CLAVE: mujeres, siglos XV y XVI, Italia, silencio, muerte.

*Il dramma della poesia femminile è in questo suo essere
la voce dell'altro, di ciò che la donna non è,
della violenza storica e materiale
che la donna subisce.
(Ferroni, 1978: XXII)*

Alessandra Scala, Costanza Varano da Camerino, Cassandra Fedele, Veronica Gambara, Vittoria Colonna, Tullia d'Aragona, Chiara Matraini, Laura Battiferri, Gaspara Stampa, Olimpia Morato y sin duda otros nombres no tan conocidos constituyen un grupo de mujeres que vivieron y escribieron

en Italia durante los siglos xv y xvi.¹ De origen noble, cultas, privilegiadas, estas mujeres comenzaron a alzar sus voces de una forma u otra, desde la poesía o desde el estudio humanístico,² ocuparon un espacio no siempre reconocido pero sí significativo que ha hecho que sus obras nos lleguen con más fuerza de la que ellas podían pensar. Sin embargo, no todas corrieron la misma suerte. Otras mujeres, quizá no tan apoyadas por su origen y su familia, o quizá por haber intentado ir un paso más allá, desafiar a su sexo y ocupar un lugar no entre las mujeres cultas, sino entre las “personas” cultas, sufrieron el aislamiento, el silencio e incluso la muerte. Queremos acercarnos aquí a dos casos concretos: el de Isotta Nogarola y el de Isabella Morra.

“Nunca antes había tropezado con mujeres eruditas, cultivadoras de Virgilio y las Musas” decía el humanista veronés Giorgio Bevilacqua de Lazise (en King, 1993) refiriéndose a la que hoy sigue siendo considerada como la primera mujer realmente culta del Renacimiento: Isotta Nogarola (1418-1466).

Isotta se crió en el seno de una noble familia de Verona y, gracias a sus padres, en especial a su madre, Bianca Borromeo, recibió una completa educación según el programa de los *Studia humanitatis* por lo que llegó a dominar el latín, lengua en la que escribió toda su producción.³ Uno de sus preceptores, Martino Rizzone, había sido discípulo de Guarino Veronese, una de las personalidades más destacadas del momento, y quien, como veremos más adelante, sellaría el desgraciado destino de Isotta.

Cuando tenía 18 años había mantenido ya una importante correspondencia con escritores que habían alabado su elocuencia y su sabiduría.⁴ Sin embargo, los halagos que recibía no satisfacían a la joven escritora porque iban siempre encaminados a destacar su superioridad dentro de su sexo, e incluso a subrayar el hecho de que intentase elevarse por encima de las limitaciones que tenía por ser mujer. Así, por ejemplo, el famoso humanista veneciano Lauro Quirini⁵ alababa el hecho de que Isotta

¹ Me remito a la bibliografía final para los estudios más importantes sobre todas estas mujeres.

² Alessandra Scala estudió *humanarum litterarum* en el prestigioso Studio Fiorentino con Angelo Poliziano, y no fue la única. Armando F. Verde (1973: I, 37, 76, 223) registra otras tres mujeres que estudiaron en dicho centro en ese último cuarto del siglo xv, todas dedicadas a los estudios humanísticos: Antonia Francisca Giannotti, Caterina Iacobi Pazzi y Caterina de Pisis, quien, rescatada del hospicio, fue adoptada por un profesor del *Studio*, Iohannes Miglioris Pisis de Florencia quien la educó en su lugar de trabajo. Sobre Alessandra Scala véase también el artículo de G. Pesenti (1925).

³ Todos sus hermanos y hermanas recibieron la misma educación. Sin embargo, su hermana Ginevra abandonó el estudio y la escritura para casarse en 1438, con veintiún años.

⁴ Jacobo Lavagnola, Ludovico Cendratta, Tobia dal Borgo, Giovanni Colrner, Niccolò Venier, Niccolò Barbo, Antonio Cassario, Ermolao Barbaro. Con algunos de ellos intercambió libros que iban desde Lactancio a un devocionario de San Jerónimo o un ejemplar de Tito Livio. Algunos le dedicaron sus textos, como Ognibene Leoniceno, que le dedicó su traducción del *Sobre el vicio y la virtud* de Crisóstomo.

⁵ Quirini había recomendado a Isotta un programa de estudios que incluía materias como la retórica y la filosofía, que siempre habían sido consideradas inútiles para las mujeres.

hubiera pretendido superar su propia naturaleza como mujer al intentar alcanzar la verdadera virtud, que es esencialmente masculina “con celo particular, tal como corresponde a la virtud total y perfecta que alcanza el hombre” (Abel, 1886: II, 12).

No hubo nada que molestara tanto a la escritora como las condiciones que desde el exterior imponían a su deseo de conocimiento. Con frecuencia reivindicó en su correspondencia la superioridad, la independencia y autonomía de las mujeres. En una carta al patricio veronés Damiano dal Borgo⁶ preguntaba a éste: “¿No han conseguido las mujeres sin la ayuda de los hombres aumentar su república [...], someter a la mayor parte de Europa, y derrotar, siempre sin la ayuda de los hombres, muchas ciudades de Asia? [...] ¿No hay mujeres que sobrepasen a los hombres [...] en elocuencia y en virtud?” (Abel, 1886: I, 257).

Animada por los parabienes que recibía y por sus ansias de poder formar parte de los círculos eruditos de Verona, en torno a octubre de 1436, decidió escribir a Guarino Veronese. Esa osadía marcó su vida como mujer y como escritora. Veronese la humilló públicamente dejando sin respuesta esa misiva. Sin embargo, Isotta no se dejó asustar. Llena de rabia escribió de nuevo a Veronese el 10 de abril de 1437. En su carta Isotta se quejaba de la situación en la que había quedado a causa de la falta de respuesta del intelectual, por lo cual había quedado “ridiculizada por toda la ciudad” y suplicaba la ayuda de Veronese para recuperar su reputación poniendo freno a las “*scelestas linguas* que me llaman torre de audacia y dicen que debería ser enviada a los confines de la tierra por mi osadía”.⁷

Guarino Veronese respondió esta vez en un tono paternalista y condescendiente pero severo en el que aconsejaba a Isotta abandonar una profesión que no era adecuada para su sexo y se casara, pues, lo que pretendía sólo era posible creando “a un hombre dentro de la mujer” (Rius Gatell, 1992: 81).

La actitud de Guarino Veronese dio rienda suelta a las críticas de otros intelectuales que hasta el momento habían tolerado la osadía de esa joven mujer pues pensaban que su voluntad de estudiar era un capricho, no demasiado serio y que, tarde o temprano, se casaría, como había hecho su hermana Ginevra y se olvidaría de sus estudios.

Como la propia Nogarola explicaba, toda la ciudad se burló de ella. No sólo los intelectuales, las mujeres⁸ también se pusieron en su contra e Isotta

⁶ Nogarola mantuvo una correspondencia más o menos frecuente entre 1438 y 1441 con este patricio veronés. Pueden consultarse algunas de estas cartas en la reciente edición y traducción al inglés de las cartas y las obras de la escritora realizada por Margaret L. King y Diana Robin (2004).

⁷ Ambas cartas de Isotta Nogarola a Guarino Veronese se pueden leer tanto en la edición latina de Eugenius Abel, (1886: 80-81), como, traducidas al inglés, en King y Robin (2004: 53-55).

⁸ La única mujer que la apoyó fue la también humanista Costanza Varano, quien afirmó en una carta escrita hacia 1442 que Nogarola no sólo había sobrepasado a las mujeres cultas de la antigüedad sino a los hombres cultos de su tiempo. Además, la instaba a ser valiente y no conformarse con ser una mujer religiosa tradicional sino a asumir un papel nuevo como

se lamentó amargamente: “Porque en toda la ciudad se mofan de mí, mi sexo se ríe de mí. No consigo encontrar un establo tranquilo donde ocultarme, y los asnos me desgarran con los dientes, los bueyes me apuñalaban con los cuernos” (Abel, 1886: I, 80-81).

Desesperada, se disculpó por haber escrito esa carta a Guarino Veronese, se lamentó de que la fragilidad de su intelecto y la debilidad de su sexo le impidieran elogiarle debidamente, presentando excusas por su presunción y reconociendo que era un pecado de arrogancia. De todas maneras, teniendo en cuenta la formación y el carácter de Nogarola, “es difícil saber hasta qué punto la insistencia en su ignorancia expresa sus inseguridades o es sólo una convención, como las fórmulas de insuficiencia y humildad profesadas también por los humanistas” (Rius Gatell, 1992: 77-78).

Pero el mal estaba hecho. El acoso continuó y, a pesar de su cambio de actitud, recibió las críticas y las acusaciones más crueles: fue acusada de incesto, promiscuidad e incluso de lesbianismo en base a la creencia de ninguna mujer elocuente es casta. El argumento era que puesto que había mostrado desde pequeña una tendencia tan antinatural para una mujer como el interés por los estudios humanísticos, por la filosofía, la retórica, por la escritura en latín, debía ser porque su naturaleza estaba violentada también en otros sentidos. En un escrito bajo el seudónimo de Plinio difundido en Verona y Venecia hacia mediados de 1439 podía leerse sobre Isotta:

que ha conquistado tantos elogios por su elocuencia realiza cosas que en poco afectan su erudición y su reputación –aunque según opinión de muchos sabios yo los considero ciertos: que una mujer elocuente nunca es casta; y el comportamiento de muchas mujeres cultas confirma que es verdad [...] Pero para que no apruebe incluso ligeramente este crimen excesivamente estúpido y obsceno, permita que le explique que antes de que hiciera su cuerpo generalmente asequible para las relaciones promiscuas, antes había permitido que el sello de su virginidad fuera roto por nadie que no fuera su hermano, de modo que con este lazo pudiera estar más estrechamente vinculada a él. Ay, por Dios, en quién confían los hombres [...], en cuanto a ella que no pone coto a esa lascivia obscena, se atreve a abordar de modo tan profundo en los estudios literarios más exquisitos.⁹

intelectual. Para más detalles sobre el elogio de Costanza Varano a Isotta Nogarola véase King (1993: 50-51).

⁹ Esta carta la recoge Eugenius Abel. Véase también el artículo de Arnaldo Segarizzi (1904).

En 1441 Isotta, que se había trasladado a Venecia en 1438 con su familia, decidió volver a refugiarse en la villa familiar a las afueras de Verona. Se retiró de la vida pública y de la escritura. Los difamadores habían conseguido su objetivo. Las estudiosas que se han ocupado de esta mujer suponen que no abandonó sus estudios y siguió leyendo a los autores clásicos. Lo único que sabemos es que, cuando volvió a publicar casi diez años después, la obra de la escritora veronesa había experimentado un cambio; siguió cultivando los géneros humanistas pero incorporó el elemento sagrado en ellos, hasta el punto de que se la ha integrado en un “humanismo cristiano”.

Sus intentos por ser reconocida como humanista más allá de su sexo habían fracasado, así que su única opción era el silencio; el silencio público, que no el abandono de su actividad. Dio un giro hacia lo sagrado, se retiró a vivir como una mujer pía pero siguió siendo una intelectual y “se le conocerá no por sus milagros o su ascetismo, sino por sus cartas, oraciones y tratados dentro de las más estrictas reglas humanísticas” (King, 1993: 47).

En 1451, tras diez años de silencio, vio la luz su obra más conocida, un diálogo en torno a la culpa de Adán y Eva en el pecado original titulado *De pari aut impari Evae atque Adae peccato... contentio super Aureli Agustini sententiam videlicet peccaverunt impari sexu sed pari fastu*. Los interlocutores son la propia Isotta Nogarola y Ludovico Foscarini. Éste era un noble veneciano que había sido nombrado gobernador de Verona y enseguida había comenzado una amistad y una correspondencia con Isotta que duraría hasta la muerte de ésta en 1466.¹⁰ Fue el único que no la abandonó en los momentos más duros de su retiro.

Partiendo de las tesis de San Agustín¹¹ según las cuales Adán y Eva compartían culpas en su expulsión del paraíso, Isotta Nogarola utilizaba los prejuicios masculinos sobre la inferioridad de la mujer para argumentar que Eva no tuvo toda la culpa del pecado original. Dios creó al hombre y le dio “gran capacidad de comprensión y conocimiento de la verdad, y también una gran sabiduría” (Abel, 1886: II, 199), en cambio, Eva era, como mujer, “débil e ignorante por naturaleza” (195). El hombre era superior a la mujer, intelectual y moralmente, por tanto, Adán debería haber tenido la suficiente autoridad moral, como hombre, para no haber cedido él a la tentación y haber frenado la debilidad de Eva, evitando así la consumación del pecado original: “Eva pecó mucho menos, haciendo caso a la astuta serpiente, que Adán, que había sido creado por Dios con perfecta sabiduría y conocimiento, al escuchar la persuasión y la voz imperfecta de una mujer” (208-209).

Margaret King (1993: 60) opinaba que este argumento era paradójico respecto a las intenciones de Nogarola de reivindicar la igualdad de la mujer pues para descargar a Eva de su culpa admitía su inferioridad respecto al

¹⁰ Sobre la relación entre ambos véase Percy Gothein (1943).

¹¹ Según Margaret King (1993: 60), en la obra agustiniana *De genesi ad litteram libri XII*.

hombre y que Foscarini ganaba el debate precisamente porque el argumento de Nogarola suponía una “rendición, una admisión innata de la inferioridad de la mujer”. Sin embargo, en nuestra opinión la estrategia de Nogarola había sido más sutil, pues, en realidad, Foscarini se veía obligado a reconocer que “como seres humanos, la mujer y el hombre son iguales” (Abel, 1886: I, 214) para sostener su argumento de que el hecho de que Adán también fuera culpable por haber desobedecido la orden divina no eximía de sus culpas a Eva pues también ella había desobedecido a Dios. Es decir, para que ambos tuvieran la misma culpa, ambos debían ser iguales, de lo contrario el argumento de Nogarola era válido y, dada su inferioridad como mujer, Eva había sido menos culpable que Adán.

El argumento de la culpa compartida no era nuevo, lo que sí era nuevo era el compromiso con la esencial reivindicación femenina. El diálogo parece tener más como objetivo que un hombre reconozca la igualdad entre hombres y mujeres que demostrar la culpa en el pecado original. Nogarola no cedió nunca en su constante intento de llamar la atención sobre sus capacidades y las de su sexo.

Sus restantes obras son de argumento variado. En 1453 compuso la *Oratio in laudem beati Hieronymi*. Se trata de una hagiografía de San Jerónimo en la que Isotta elogia no sólo la figura santa sino también la intelectual.

En 1459 escribió una carta al papa Pío II con ocasión de la convocación del Concilio de Mantua instando al Papa a emprender la cruzada contra el infiel.

Y en 1461, la *Consolatio ad Marcellum*. Esta obra le había sido encargada por el noble veneciano Jacopo Antonio Marcello para formar parte de una antología funeraria en honor de su hijo de ocho años que acababa de morir. Esta obra es significativa del pensamiento de Isotta pues en ella se permitía lamentarse de su propia situación con estas palabras: “Cómo consolarte cuando yo misma necesito ese consuelo, cuando he fingido retirarme, olvidando toda filosofía y religión, prisionera del arrepentimiento y del dolor” (King y Robin, 2004: 192).

Lo más destacado de la personalidad y la vida de Isotta Nogarola es precisamente su empeño por alzarse como una voz independiente, autónoma; su lucha por ser reconocida como intelectual más allá de su sexo a pesar de que eso le costó retirarse y vivir como una devota sin participar de los círculos intelectuales del momento.

Eugenius Abel, quien editó sus obras y escribió la primera biografía de la escritora, lo explicaba así:

No conocemos a ninguna otra mujer del Renacimiento que habiendo aprendido de otros el poder de su intelecto, lo haya cultivado en el transcurso de los años y moldeado desde la juventud hasta la última chispa de su espíritu. Y, mientras otras mujeres se entregaron a los

estudios por el placer o para hacer gala de alguna vana ostentación, y en cuanto se casaban repudiaban inmediatamente de ellos, Nogarola se entregó a las letras con toda la pasión de su alma. (cit. en King, 1993: 64)

Isabella di Morra “*qui posta da ciascun in cieco oblio*”

*Scrivo piangendo, e la mia verde etate,
me, che'n si vili et horride contrade,
spendo il mio tempo senza loda alcuna*
Rima I, vv. 2-4

En el soneto con el que abre sus rimas, Isabella se lamentaba de su aislamiento, de la soledad y el silencio en los que pasó su vida.

Nació hacia 1520 en Favale (hoy Valsinni) la Basilicata. Su padre fue Giovan Michel di Morra, barón de Favale. En 1528 su padre se vio obligado a exiliarse en la corte de Francisco I de Francia por su lucha a favor del bando francés contra los españoles, pero su mujer y sus hijos permanecieron en el castillo familiar. Las circunstancias familiares confinaron a Isabella a vivir encerrada en el castillo familiar sin posibilidad de mantener ningún tipo de relación social ni siquiera con otras mujeres nobles de su ciudad por el excesivo celo con el que sus hermanos, incultos y brutos, la cuidaban. La única persona ajena a su familia que Isabella veía era a su preceptor, de quien desconocemos su nombre.

En sus rimas describe los parajes que ve como “valle infernale”, llena de “selve incolte”, de “solitarie grotte” casi desiertas y donde la poca gente que había era “di aspro costume” con la que no podía relacionarse. Sus versos están “llenos de gemidos y de gritos de rebelión, de ansia de gloria y de afán de amor, totalmente extrañas a la retórica, aunque moduladas según unos evidentes principios literarios” (Sapegno, 1964: 213).

Escribió, que sepamos, 13 rimas y una canción que se imprimieron póstumamente. No sabemos de qué manera se difundieron esas composiciones, pues las personas que las leyeron murieron al mismo tiempo que ella. Lo que sí sabemos es que un primer grupo de ocho sonetos y una canción llegaron a manos de Ludovico Dolce, que los publicó en 1552 en el volumen *Rime di diversi illustri signori napoletani*, en la imprenta de G. Giolitto en Venecia y que, en 1556, Ludovico Domenichi los imprimió de nuevo junto con cinco rimas más en una antología de poemas de diversas poetisas titulada *Rime diverse di nobilissime et virtuosissime donne* también impresa por Giolitto.

Benedetto Croce (1989: 329) decía que la poesía de Isabella no tenía un fin literario o erudito; Isabella necesita únicamente aliviar la desesperación de su encierro, y ahí reside precisamente la mayor virtud de sus rimas. El cancionero de Isabella di Morra no es el cancionero petrarquista al uso, que

sí cultivaron las poetisas contemporáneas, en el que se narraba una vida amorosa truncada y se dedicaba a un amante concreto; los versos de Isabella son cantos de desesperación, muestran una “immediatezza passionale, questo abbandono al sentimento”, son un intento de romper el silencio, una voluntad que acabaría con su trágica muerte. Esta característica, su fuerza sin contención, es lo que ha hecho que esté considerada, por encima de las otras más famosas, la mejor poetisa del siglo XVI italiano.

Los estudiosos no se ponen de acuerdo en cómo conoció Isabella a Diego Sandoval de Castro.¹² Éste era castellano de Cosenza y vivía junto a su mujer, Antonia Caracciolo, en el cercano castillo de Bollita. Benedetto Croce (1989: 323), por ejemplo, pensaba que quizá se conocieron a través de Antonia Caracciolo, y “poetessa con poeta, entrassero in conversazioni, confidenze e confessioni” y se pregunta: “Il Sandoval la corteggiò?”, o fue sólo la soledad, el deseo de alzar su voz, de compartir su poesía lo que empujó a Isabella a mantener esa correspondencia. Otros dan por sentado que fue el maestro de Isabella, apenado por la situación en la que se encontraba su pupila, quien debió pensar que ésta podría compartir sus versos con el poeta y los puso en contacto. En todo caso, se conocieron, y mantuvieron una correspondencia, fuera ésta literaria o no.

Los estudiosos no se ponen de acuerdo tampoco en la naturaleza de la relación entre ambos ni en el motivo real de la tragedia.¹³ El hecho de que Sandoval escribiera las cartas bajo el nombre de su mujer no significa que su relación fuera sentimental pues podía ser una medida de seguridad comprensible en esas circunstancias. Además, es cierto que la poesía de Isabella no desvela ningún sentimiento amoroso específico, no parece dirigirse a ningún amado concreto pues está recorrida por el deseo de escapar, e incluso de casarse, que no de amar, como solución más sencilla para su encierro. En realidad no importa, lo único importante es lo que se creyó y la consecuencia final de esas suposiciones.

En otoño, entre septiembre y octubre de 1546, Cesare, Fabio y Decio, los hermanos de Isabella se enteraron de esa correspondencia, según supone J.G. González (2005: 321) cuando interceptaron unas cartas que llevaba el maestro, que intermediaba en la correspondencia entre ambos, y lo asesinaron. Ante la sospecha de que Sandoval se enterase de lo sucedido e intentara secuestrar a Isabella, la golpearon hasta matarla; otros

¹² Diego Sandoval de Castro (ca.1510-1546), aunque de origen español, nació en Italia y escribió en italiano. Su primer volumen de rimas, que contenía 43 sonetos, tres madrigales, y una canción dedicada al Emperador, se publicó en 1542 en Roma con el título *Le rime del signor don Don Diego di Sandoval di Castro*. Sobre Diego Sandoval de Castro se puede consultar, además del texto de Croce (1989: 309-315), el reciente artículo de González Miguel (2005).

¹³ Véase el artículo de González Miguel (2005: 322-332), en las que el autor plantea las posibilidades de esa relación y, por tanto, el motivo por el que murieron ambos. El autor apunta la posibilidad de que hubiera motivos políticos, pues Diego Sandoval de Castro era “español”, y la familia Morra filo-francesa, e incluso económicos.

dicen que la apuñalaron. Después, se refugiaron en Francia para volver en secreto poco después a terminar su venganza. Diego Sandoval de Castro no se quedó tranquilo con la noticia del exilio de los hermanos de Isabella y se procuró una guardia personal en sus constantes viajes entre Cosenza, su lugar de trabajo, y Bollita, su residencia. Aun así, los hermanos de Isabella le tendieron una emboscada en un bosque a mitad de camino, se supone que en Noia, y lo asesinaron también.

Todo sucedió antes del 15 de octubre de 1546, pues de esa fecha es la carta que el virrey de Nápoles, Pedro de Toledo, escribió a Carlos V proponiendo un nuevo castellano para Cosenza. El virrey ordenó una investigación y envió soldados a capturar a los asesinos que, sin embargo, habían huido a Francia.¹⁴

El triste final de Isabella dio lugar desde entonces a numerosas leyendas y hoy en día los guías que enseñan el castillo familiar de Favale a los turistas cuentan que por él se pasea aún el fantasma de la joven.

Ambas mujeres son muestra de los sacrificios y de las renunciaciones que las mujeres han tenido que realizar a lo largo de su historia si querían abandonar los roles asignados a su género, si querían simplemente leer, estudiar y escribir, y mucho más si pedían reconocimiento por ello; ambas dan testimonio del aislamiento, la soledad y la violencia que las ambiciones han acarreado a las mujeres conscientes de sí mismas, independientes y autónomas para quienes la alternativa era o callar o morir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abel, Eugenius (ed.) (1886), *Isotae Nogarolae Veronensis opera quae supersunt omnia*, 2 vols., Viena, Gerold et socios, Budapest, Fridericum Killian.

Bronzini, Domenico (1975), *Isabella di Morra*, Matera, Montemurro.

Caserta, Giovanni (1976), *Isabella Morra e la società meridionale del Cinquecento*, Roma, Edizioni Meta Matera.

Costa-Zalesow, Natalia (1982), "Isabella di Morra", *Scrittrici italiane dal XIII al XX secolo*, Ravenna, Longo Editore: 68-72.

Croce, Benedetto (ed.) (1983), *Isabella di Morra e Diego Sandoval di Castro*, Palermo, Sellerio.

Croce, Benedetto (1989), "Isabella di Morra e Diego Sandoval di Castro", *Vite di avventure, di fede e di passione*, a cura di Giuseppe Galasso, Milán, Adelphi.

¹⁴ La narración del hecho y de sus consecuencias no ha variado desde la realizada por Marco Antonio Morra (1629: 80-84) en su historia de la familia titulada *Familiae nobilissimae de Morra historia*, Nápoles, ex typogr. Io. Dominici Roncallioli, y que recoge Croce (1989: 301-305).

Cudermo, Mariateresa (1994), "Isabella Morra: tra mito e poesia (Bibliografia critica)", *Basilicata Regione*, notizie, 3: 79-86.

De Gubernatis, Angelo (1907), *Isabella Morra, Le Rime*, Roma, Forzani e C., Tip. del Senato

Domenichi, Ludovico (1559), *Rime di diverse nobilissime et virtuosissime donne*, Lucca, V. Busdrago.

Ferroni, Giorgio (1978), *Poesia italiana del Cinquecento*, Milán, Garzanti.

— (1991), *Storia della letteratura italiana*, Milán, Einaudi Scuola.

González Miguel, J. Graciliano (2005), "Don Diego Sandoval de Castro. ¿Un legendario caballero español o un malogrado poeta italiano, víctima de una absurda venganza política?", *Italia-España-Europa. Literaturas Comparadas. Tradiciones y traducciones. XI Congreso Internacional de la Sociedad Española de Italianistas*, M. Arriaga Flórez, J. M. Estévez Saa, D. Ramírez Almazán y C. Vera Saura (eds.), Sevilla, Arcibel: 316-338.

Gothein, Percy (1943), "L'amicizia tra Lodovico Foscarini e l'umanista Isotta Nogarola", *La Rinascita*, VI: 394-413.

Grignani, A. F., "Per Isabella di Morra", *Rivista di Letteratura Italiana*, II, 3: 419-554.

Jardine, Lisa (1983), "Isotta Nogarola: Women Humanists-Education for What?", *History of Education*, 12: 231-244.

King, Margaret L. (1978), "The Religious Retreat of Isotta Nogarola (1418-1466)", *Signs*, 3: 807-822.

— (1980), "Book-Lined Cells: Women and Humanism in the Early Italian Renaissance", *Beyond Their Sex: Learned Women of the European Past*, Patricia Labalme (ed.), New York, Nueva York University Press: 66-90.

— (1993), "Isotta Nogarola: humanista y devota", *La mujer del Renacimiento*, Ottavia Niccoli (ed.), Roma-Bari, Laterza: 36-64.

King, Margaret L. y Albert Rabil Jr. (eds.) (1983), *Her Immaculated Hand. Selected Works by and about the Women Humanists of Quattrocento Italy*, Binghamton, Nueva York, Medieval & Renaissance Texts & Studies.

King, Margaret L. y Diana Robin (2004), *Isotta Nogarola. Complete Writings: Letterbook, Dialogue on Adam and Eve, Orations*, Chicago, University of Chicago Press.

Panizza, Letizia (ed.) (2000), *Women in Italian Renaissance Culture and Society*, Oxford, Legenda.

Pesenti, G. (1925), "Alessandra Scala, una figura del Rinascimento fiorentino", *Giornale Storico della Letteratura Italiana*, 85: 241-267.

Rius Gatell, Rosa (1992), "Isotta Nogarola: una voz inquieta del Renacimiento", *Filosofía y género. Identidades femeninas*, Fina Birulés (comp.), Barcelona, Pamiela: 65-91.

Lectora 13 (2007)

(d)

Sapegno, N. (1964), *Historia de la literatura italiana*, trad. Juan Petit, Barcelona, Labor.

Segarizzi, Arnaldo (1904), "Niccolò Barbo, patrizio veneziano del secolo XV e le accuse contro Isotta Nogarola", *Giornale Storico della Letteratura Italiana*, 43: 39-54.

Stortoni, L.A. y Mary Prentice Lillie (eds.) (1997), *Women Poets of the Italian Renaissance: Courtly Ladies and Courtesans*, Nueva York, Italica Press.

Verde, A.F. (1973), *Lo Studio Fiorentino (1473–1503): Ricerche e documenti*, Florencia, Istituto nazionale di studi sul Rinascimento; [después] Pistoia, Presso Memorie domenicane; [después] Firenze, L.S. Olschki.

Villarino, María de (1943), *La vida trágica de Isabella Morra. Estudio y traducción poética*, Buenos Aires, Instituto de Estudios Italianos, Biblioteca "Miguel Caviglia".